

THEODORE BRAMELD, Ph. D.

Profesor Visitante, Colegio de Pedagogía
Universidad de Puerto Rico

LAS FILOSOFÍAS EDUCATIVAS DE UNA ÉPOCA EN CRISIS¹

PARA muchos la filosofía es un estudio abstracto, erudito, de conceptos enteramente ajenos a los problemas de la vida cotidiana. Por tradición, se considera al filósofo como persona cuyo interés principal es tratar de descubrir la esencia de la realidad, sin preocuparse de que sus logros sean o no de provechosa significación.

Otro concepto de amplia aceptación, sin embargo, considera la filosofía como esfuerzo persistente, tanto de la gente común como de la "sofisticada", para dar sentido y significación a la existencia. Este concepto es, al presente, de tal modo aceptado, que muchos para cualquier paso del vivir, creen que una de las mayores obligaciones, si no la más importante, es poner en

¹ Traducción de la Dra. Antonia Sáez de una selección del libro del Dr. Brameld, *Ends and Means in Education: A Midcentury Appraisal*, publicado por Harper & Brothers, New York.

claro las creencias; en otras palabras, analizar y organizar las premisas en que se fundamentan las prácticas políticas, científicas, estéticas, religiosas y educativas. Este concepto es hoy el de mayor vigencia; importa tener creencias bien definidas en una era perturbada por la confusión y la controversia. No puede tomarse a broma el hecho evidente de que la existencia de lo que llamamos civilización está en peligro. De este peligro hay muchas señales, la más terrible de todas, la energía atómica. La humanidad casi ha llegado a ponerse de acuerdo —a menos que se controle el más diabólico de cuantos logros ha alcanzado la ciencia, aun nuestra generación puede esperar ver el fin de cuanto se estima, incluso de la propia existencia.

Estas circunstancias han determinado que la filosofía se preocupe una vez más por lo suyo. Cuando el hombre se encuentra satisfecho con sus creencias, cuando puede con facilidad hacer ajustes, la filosofía es lo que se ha indicado en el primer concepto. En épocas serenas, equilibradas, la filosofía puede considerarse como un lujo intelectual, aunque sea un lujo digno del mayor respeto. Pero cuando las creencias peligran, se impone el examen de conciencia y el reexamen de las instituciones; enjuiciamiento, aun de las creencias más sagradas, en examen riguroso para determinar, mediante las más elevadas normas de investigación razonada y colaboradora, si las creencias que hasta entonces se han considerado válidas, necesitan formularse de nuevo.

Al presente exigen esta revisión todos los fundamentos de la existencia humana. En religión se han estado analizando las creencias con nueva penetración crítica. Arrebatada revolución han sufrido las ciencias por más de un cuarto de siglo y algunos de sus conceptos de más universal aceptación han sido rechazados. En políticas y economías, en el período de nuestra propia generación, el mundo ha sufrido revoluciones que han echado por tierra muchos de los credos sociales de millones de seres.

Análoga situación existe en el campo educativo. Los ideales que han orientado la organización y la práctica escolares,

en todos los niveles, están sujetos a juicio hoy como no lo estuvieron en época alguna, desde el Renacimiento. Antiguamente se creía que la educación debía tener, como fin primordial, que el educado tuviera aceptación reverente de los patrones tradicionales de la cultura. Muchos reconocemos, al presente, lo inadecuado de este concepto. Lo que no se reconoce aún es que esta actitud frente a los ideales educativos que heredamos es reflejo de nuestra cultura. En otras palabras, la filosofía educativa de este momento es, ante todo, otro síntoma de los mismos problemas básicos de los demás aspectos de la vida humana.

He aquí nuestra tesis: el examen crítico y los nuevos conceptos educativos tienen el mismo origen, son causados por los mismos problemas que afectan la religión, el arte, la ciencia, la economía, la política. La educación sólo puede comprenderse cuando se le sitúa dentro de la cultura que refleja y en la cual a la vez influye. El más grande error en que pueden incurrir los educadores (entendemos por educadores no sólo los educadores profesionales, sino los padres, estudiantes y cuantos tienen que ver con la educación) es considerar la educación como una institución aislada, que interpreta por sí sola, sin tener en cuenta las fuerzas ciclónicas que barren la tierra.

Consideraremos en este dramático escenario las filosofías educativas que al presente luchan por imponerse en el mundo y que se relacionan con sus cambiantes contornos culturales. Si tratásemos de presentar un cuadro de las filosofías educativas contemporáneas norteamericanas —aunque si se tradujesen los tecnicismos podría aplicarse a todo el mundo—, diríamos que nos enfrentaríamos con cinco filosofías educativas para poder decidir qué ruta ha de seguir la educación en esta hora de crisis.

La primera se puede tratar brevemente. *Eclecticismo* llaman los filósofos el punto de vista que procura conciliar las doctrinas de sistemas diversos y hasta opuestas. El *ecléctico*, en otras palabras, cree que la manera más honrada de acercarse

a la filosofía es no entregarse a ninguna índole de credo, e insiste en que todos los principales puntos de vista tienen algo de verdad, de valor, que hay que reconocer y respetar por lo que es.

Con todo respeto confesamos que este punto de vista no es el más adecuado para el que busca en nuestro momento un modo de vivir de honda significación. El eclecticismo es a modo de mezcla química; nada ocurre a ninguno de los componentes a menos que se caliente la mezcla; pero si se le aplica calor, cada componente pierde su identidad y se fusiona en un compuesto en el que los elementos pierden su original condición. Se pueden tomar ingredientes de diversos puntos de vista para construir una filosofía, pero si las partes no se funden, el resultado no será un compuesto orgánico, un cuerpo de creencias que facilite la interpretación de la naturaleza y de la humanidad dentro de armoniosa relación entre sí. . .

Las otras filosofías que se consideran difieren del eclecticismo; ya que aspiran a realizar una unidad orgánica para el hombre y la civilización que dé unidad y sentido a la vida. Estas filosofías son: esencialismo, progresivismo, perennialismo y reconstruccionismo. Para interpretarlas hay que situarlas dentro del contexto cultural de nuestro momento, no como teorías autosuficientes. Tratemos cada una separadamente y resumamos su naturaleza.

El esencialismo es aquella filosofía educativa que sostiene que la escuela debe tener por base lo esencial —las destrezas, los hechos, las leyes del saber— que hemos heredado especialmente del período moderno de la civilización. El esencialista, por tanto, desarrolla la educación sobre las bases de lo que con frecuencia llamamos el currículo clásico. La mente del estudiante se concibe como un receptáculo en el que la escuela echa cuanto aquél puede retener del contenido organizado de la tradición y del mundo. El maestro es a modo de “correa transportadora” entre el saber acumulado y la mente del alumno. Los exámenes son los instrumentos que la escuela usa para medir la cantidad acumulada en la mente del alumno. El

esencialismo condena cualesquiera teorías y prácticas educativas que no consideran la *absorción* como fundamental en el proceso de aprendizaje.

Las más severas críticas del esencialismo son para el *progresivismo*. Esta filosofía no considera como fin primordial de la educación la adquisición de la mayor cantidad del contenido del mundo exterior, sino la incitación a pensar con efectividad, a analizar, criticar, seleccionar entre alternativas y aventuras, soluciones basadas en el análisis y la selección. Pensar es poner en práctica el método científico, es ajuste y reajuste inteligente con el ambiente natural y social del que es parte. Las escuelas debidamente organizadas son el medio en que el niño aprende a vivir inteligentemente, es decir, enjuiciando y responsabilizándose. Las escuelas son centros democráticos, porque proporcionan constantes oportunidades para encararse con problemas que se resuelven con la colaboración del mayor número de alumnos —ciudadanos. En este medio los maestros son colaboradores en la empresa común de la experiencia social y el aprendizaje se realiza en el empleo vital de dicha experiencia.

La tercera de nuestras cuatro filosofías constructivas, el *perenialismo*, está más cerca del *esencialismo* que el *progresivismo*. Es un movimiento que sostiene que la única esperanza para el logro de sólida educación y honda cultura es la restauración del espíritu que orientaba la educación en la Edad Media.

El interés del *perenialismo* no es tanto la herencia social como los principios absolutos y eternos de verdad, bondad y belleza fuera del tiempo y del espacio —imperecederos en su profundo sentido, es decir, *perennes*. El sistema de educación medieval era, en esencia, la búsqueda de los “principios primarios” de naturaleza perenne. El fin era lograr, mediante análisis lógico, determinados axiomas que cualquiera con cierta capacidad intelectual reconocería por propia evidencia.

Los perenialistas creen que la educación de hoy está corrompida porque ha ido gradualmente alejándose de la seguri-

dad medieval. Por eso el fin de la educación debiera ser la preparación de líderes intelectuales dotados de capacidad intuitiva para reconocer los primeros principios, para que, por primera vez en varios siglos, orienten la salida de las tinieblas que amenazan la humanidad y conduzcan racionalmente hasta determinado orden. La cuarta y última filosofía, el *reconstruccionismo*, concuerda con el *perennialismo* en cuanto a la extrema necesidad de seguridad y de claridad para salvar nuestra civilización de la confusión y frustración que la cercan.

Radicalmente están en desacuerdo en cuanto a la solución. En vez de una vuelta a la Edad Media, lo que hace falta es una formulación de fines, los más amplios posibles, que rijan la reconstrucción de la cultura. Estos fines podrían determinarse en búsqueda común: el *reconstruccionismo* está convencido de que ya hay reconocimiento creciente de las características básicas. El mundo del mañana ha de ser aquél en que gobierne el hombre común, el hombre de la calle, no sólo en teoría sino en práctica. Ha de ser un mundo en que se utilicen las posibilidades tecnológicas para todo— salvaguardia de la salud, desarrollo de la abundancia, seguridad de las masas, sin tener en cuenta ni la raza, ni el color, ni el credo, ni la nacionalidad. Un mundo en el cual la soberanía nacional esté supeditada a la autoridad internacional. En fin, un mundo en el que el ideal de la antigua Cristiandad y el de la moderna democracia se fundan con la moderna tecnología y el arte en una sociedad gobernada por la gran mayoría del pueblo que por derecho propio debe ser la que determine su propio destino. El *reconstruccionismo* es una filosofía de previsión magnética cuyas metas pueden alcanzarse mediante el desarrollo de las posibilidades latentes en el pueblo. Aprender a ejercer poder para alcanzar las metas es el fin primordial de la educación.

Volvamos al contenido cultural de nuestras cuatro filosofías fundamentales. En lenguaje político, cabría compararlas con las posiciones políticas que en los Estados Unidos de América se denominan: conservadora, liberal, reaccionaria y radical.

El esencialista es el conservador; confrontaría las dificultades y problemas de nuestro momento entrenando para la conservación del contenido esencial y de la estructura del mundo existente, en vez de para la evolución o el cambio. El progresivista es el liberal; resolvería nuestros problemas desarrollando mentalidades capaces de lograr cambios progresivos, graduales y evolutivos. El perennialista es el reaccionario; trataría los problemas contemporáneos reaccionando en su contra y en favor de soluciones análogas a las de la civilización pasada o refugiándose en la perfección intelectual, fuera del tiempo y del espacio. El reconstruccionista es el radical; encararía los problemas, ni conservando, ni modificando, ni retrayendo, sino construyendo con vistas al futuro, un nuevo orden de civilización dirigido por el pueblo y dedicado al cumplimiento de los valores por los que ha luchado consciente o inconscientemente por muchas centurias.

¿Cómo enjuiciar estas alternativas? En primer término, tenemos que indicar que los mantenedores de cada posición merecen respeto y cuidadosa atención. Sin embargo, hay que decir con toda franqueza que el reconstruccionismo es, a nuestro entender, la única teoría en que la humanidad puede confiar al presente, tanto en lo educativo como en lo social.

Los esencialistas, a pesar de su sinceridad, desarrollarían mentalidades pasivas, jóvenes que, aunque ejercitados en el conocimiento de las esencias, han desarrollado pasiva aceptación de los patrones culturales heredados.

El progresivismo, a pesar de la importancia de las técnicas reflexivas que desarrolla, es inadecuado, ya que presta demasiada atención a los medios a expensas de los fines; expresa el amplio espíritu de la experimentación que considera todos los lados de todas las cuestiones, pero fracasa al contestar con claridad la pregunta: ¿hacia dónde vamos? En este respecto, pensar no ayuda con eficacia a descubrir para qué debe pensarse. Es la contrafigura de una cultura en transición desarrollada por tanteos sin prestar mucha atención a metas o a propósitos definidos.

El perennialismo es cuestionable por varias razones, especialmente porque al tener como credo la autoevidencia de la verdad y de valores que están más allá de la comprobación general y científica, se expone a la grave acusación de que presenta criterios absolutos o normas fijas, normas que, en manos de líderes corrompidos, podrían emplearse, como históricamente se han utilizado, para justificar autoridad arbitraria, sin sanción de la mayoría, que en una democracia es siempre el juez supremo de las normas.

El reconstruccionismo, la alternativa restante, no es en modo alguno una filosofía terminada, completa. Sin embargo, un creciente número de pensadores educacionales en diversos países se inclinan hacia esta posición. Sin repudiar ninguno de los logros del progresivismo y reconociendo la importancia tanto del conocimiento esencial y del claro análisis racional, esta filosofía se entrega, sobre todo, al renacer de la cultura moderna. Está imbuída en la profunda convicción de que nos encontramos en medio de un período revolucionario en el cual el sistema industrial, los servicios públicos, las fuentes naturales de cultura estarán bajo el dominio del hombre común, del hombre de la calle, del que a través de las edades ha luchado por alcanzar una vida segura, decente y pacífica para él y para su descendencia.

La educación dedicada a este propósito no puede permanecer en "imparcialidad" intelectual. Ha de ser una educación inspirada con entusiasmo por la investigación, por la difusión del conocimiento, por la belleza, el bien y la verdad humanamente realizables; una educación que, por medio de las escuelas de los Estados Unidos de América y de todas las demás democracias, sea factor importante en la reconstrucción de la cultura, de la civilización.